

encantadoras y perfumadas noches de luna.

Cuando esta generación expirante os entregue la lira de la patria, quitadle el sudario de muerte para coronarla de laurel y siempre viva. Cantad el amor, la virtud, el heroísmo, la ciencia: las pasiones son la poesía del corazón y la ciencia la poesía del entendimiento.

El poeta no es como muchos creen el trovador errante que vaga sin estrella y sin destino. ¡Nó! Es más alta, más elevada y más sublime su misión sobre la tierra. El poeta es el que pone entre flores los mas áridos principios de moral y de filosofía; el que cantando corrige las costumbres; es el que hace llegar hasta el gran poeta del Calvario los himnos en que se evapora el corazón creyente; el poeta es, en fin, como ha dicho César Cantú, el órgano de las naciones; y, como la columna de fuego en el desierto, debe caminar delante de los pueblos para señalar la senda que conduce á la tierra prometida del orden, de la libertad y del honor.

DISCURSO

pronunciado al inaugurarse

LA ESCUELA NORMAL

PARA

PROFESORES DE ENSEÑANZA PRIMARIA

En la ciudad de México el 24 de Febrero de 1887.



SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES:

I

NO es, por cierto, inusitada fiesta la que celebramos hoy con motivo de la apertura de la Escuela Normal para Profesores de Instrucción Primaria, porque los pueblos ilustrados han celebrado siempre fiestas de esta naturaleza, que forman época en los anales de la cultura nacional.

La humanidad, para llegar al grado de civilización en que se encuentra, ha tenido que recorrer un largo y escabroso camino; y al rendir cada jornada de su interminable viaje, se ha sentido satisfecha del de-

sarrollo gradual de sus facultades intelectuales.

Algunos historiadores contemporáneos se admiran, no sólo de que los hombres primitivos, para llenar las necesidades naturales de la existencia, hayan sabido cultivar los campos, dominar á los animales, hacer la tela y el pan, y fabricar el vino y el aceite sino principalmente se admiran de que aquellos hombres no ignoraran los principios de las ciencias y las artes como los de la aritmética y la arquitectura, la música y el baile, y consideran que *objeto de maravilla es que apenas aparezca en la historia la estirpe humana, abunde en tantos conocimientos*; pero estas afirmaciones ni excluyen, ni modifican siquiera el laborioso problema del progreso humano, que ha venido resolviéndose en el transcurso de los siglos, y cuya última fórmula está reservada al porvenir.

No es posible negar que la civilización antigua es el punto de partida. A sus restos venerables, superiores al tiempo y al olvido, hay que volver la vista para encontrar el origen de todo lo grande, de todo lo justo, de todo lo bello; pero ¿acaso la

India ó el Egipto, Grecia ó Roma podían señalar límites definitivos y barreras infranqueables á la actividad y á la inteligencia del hombre? Entonces no se hubieran inventado la pólvora, la brújula y la imprenta; no se hubiera descubierto la América; la inmovilidad de la tierra sería artículo de fe; el libre examen no hubiera hecho la luz en la conciencia; la soberanía popular no sustituiría al derecho divino; no se conocerían las sorprendentes aplicaciones del vapor y de la electricidad, ni otras muchas maravillas que han realizado el genio y la ciencia, esa dualidad divina y creadora que, utilizando las fuerzas de la naturaleza, la acerca á su perfeccionamiento para cumplir la ley sociológica del progreso y hacer justicia al gran filósofo que, á semejanza de Galileo, exclama que el mundo se mueve al rededor del sol de la razón y de la verdad, cuyos más brillantes resplandores bañan la civilización moderna.

No pretendo, Señores, seguir la estela luminosa del progreso desde su infancia hasta su estado actual, porque no es la oportunidad de hacerlo, y porque no me siento autorizado ni competente para examinar esa

via-láctea gloriosa que se extiende sobre el polvo de cien generaciones; mi propósito es más limitado: estudiar el progreso desde el punto de vista de su generalización; justificar la necesidad de llevar sus principios fundamentales á la escuela primaria, para redimir al niño del despotismo tradicional del silabario, dejándole expedito el desenvolvimiento de sus facultades físicas é intelectuales, á fin de que sin trabas, y libre como la mariposa y como el ave, satisfaga en el jardín de la infancia sus primeras é inagotables exigencias de curiosidad y observación.

Al tratar de crear la escuela surge en el acto la necesidad de formar al maestro. Como al establecer el templo se piensa en el sacerdote; como al fundar la religión se cuenta con el apóstol; como para hacer la propaganda es indispensable el misionero, así, para levantar los institutos de instrucción primaria á la altura de su objeto trascendental, ha sido necesario pensar en el maestro de escuela, que es el sacerdote, el apóstol de la religión del saber, el misionero que derrama en terreno fértil y virgen las semillas del árbol de la ciencia,

á cuya única sombra pueden llegar las naciones á ser verdaderamente libres, grandes y felices.

A ese pensamiento responde la Escuela Normal, que se debe al patriotismo, perseverancia y convicción del Jefe del Estado que hoy la inaugura, colocando una vez más sobre sus inmarcesibles laureles militares, el olivo, símbolo de la paz, de la abundancia y del progreso al cual debió Minerva su merecido triunfo sobre Neptuno, en la competencia provocada por el fundador de Atenas.

Aquí, en la Escuela Normal, se formará el maestro; aquí adquirirá los conocimientos y el carácter respetable y bondadoso que exige el ejercicio de sus augustas funciones. El maestro no es el esclavo fiel que en Grecia llevaba á los niños al *pedagogium*; no es el maestro de juegos que en las plazas públicas de Roma enseñaba la danza y el canto, á pesar de las severas censuras de Catón; no es el dómine ignorante y locuaz de quien se ha apoderado la caricatura; no es tampoco el tirano inconsciente de la niñez que profesa el bárbaro principio de que la letra con sangre entra; no, ya sa-

béis lo que debe ser el maestro de escuela en el siglo XIX. Lo será completamente entre nosotros, cuando, ilustrado y enaltecido, salga de la Escuela Normal con su título, con la convicción de sus deberes y con la voluntad inquebrantable de cumplirlos, para ir á predicar y difundir por todos los ámbitos de la República el evangelio de la enseñanza científica.

II

Los poéticos mitos del paganismo helénico deificaron la sabiduría creando una nueva divinidad que hicieron salir armada del cerebro de Júpiter. Esa ingeniosa fábula no llegó á ser una verdad histórica, porque la diosa arrebatada del Olimpo tornóse en breve dócil esclava de las clases sacerdotales. La luz que circundaba su frente como una alborada de redención, se eclipsó entre las brumas sombrías del misterio, y el altar, ante el cual se hubiera prosternado la humanidad, quedó cerrado al culto público.

La ciencia se confundió con la religión,

y tomó la forma del arcano para hacer incomprensibles sus principios. El elemento civilizador se hizo elemento de dominación en manos de los conquistadores del mundo, que para asegurar sus victorias confiaban más en la superioridad del saber que en la superioridad de la fuerza.

Cuando empezó á rasgarse el velo impenetrable de las cosmogonías religiosas; cuando el hombre sintió que no había nacido para la esclavitud y que podía levantarse á la altura de sus dominadores; cuando la evolución histórica marcaba el período de la evolución intelectual, Alejandro el Grande escribía alarmado á su egregio maestro: *no me gusta que hayas publicado tus libros sobre las ciencias acromáticas. ¿En qué seríamos nosotros superiores á los demás hombres, si las ciencias que me enseñaste llegasen á ser comunes á todos? Prefiero sobrepujarles en conocimientos más que en poder.* ¡Elocuentes palabras que al hacer la más brillante apoteosis de la ciencia, revelan sin embargo un programa de despotismo sobre la base intencional y calculada de la ignorancia popular! Ese programa se conservó y trasmitió como una consigna de la

que dependía la existencia de los poderes absolutos; y aunque posteriormente los romanos aparentaron violarla, organizando la instrucción pública, no se obtuvo un resultado plausible, porque los maestros, honrados unas veces y perseguidos otras, se vieron obligados á cerrar sus escuelas, y aun á abandonar por algún tiempo las orillas del Tíber, esperando que llegaran mejores días, como llegaron con Julio César, que rehabilitó y protegió á los maestros con la tendencia hipócrita de aumentar aquel prestigio, casi divino, que lo hubiera llevado á la dictadura universal, si no le sorprende el puñal parricida de Bruto.

Al marcarse la decadencia del Imperio Romano, que comprende el período más vergonzoso de la historia, se alzaba triunfante como una compensación, aquella doctrina que había brillado en el Oriente, doctrina de amor y de fraternidad, que santificada por el martirio, vino á ser una promesa de perfeccionamiento en este mundo y de felicidad eterna en el cielo. La inspirada palabra de Jesús era la reivindicación de la conciencia humana, la despedida de las sociedades antiguas y la buena nueva de la

libertad y de la democracia moderna; pero esa palabra conmovedora y poderosa no pudo detener la irrupción de los bárbaros, que, como formidable alud, se desbordó sobre la Europa.

Era natural y lógico ese desbordamiento. Las fuerzas de la vida tienen que confundirse para equilibrarse y robustecerse, y obedeciendo á esta exigencia, el bárbaro trajo su sangre vigorosa, su energía viril y sus instintos salvajes, para vivificar á una raza decadente, cansada y envilecida.

La barbarie lo destruyó todo. El Cristianismo se salvó de esa conmoción, porque predicaba la humildad y el trabajo, y su doctrina se fué extendiendo gradualmente, hasta llegar á compartir con los mismos conquistadores el dominio del mundo. Los principios de las ciencias, de la literatura y de las artes, salieron de los conventos en donde habían encontrado seguro y solitario asilo; pero, preciso es decirlo, no salieron para generalizarse, sino para seguir siendo como en los tiempos antiguos, el patrimonio exclusivo de las clases privilegiadas. De la pagoda pasó la ciencia á la catedral cristiana; del palacio de los empe-

radores al castillo inexpugnable de los señores feudales; y al dejar la forma sibilina, se complicó con el casuismo teológico, más incomprensible para los pueblos que los misterios del Egipto y de la Grecia.

Al iniciarse el Cristianismo parecía que había sonado la hora de la libertad en el mundo; parecía que la inteligencia recobraría su vasto terreno de acción y desenvolvimiento; parecía que la democracia de la ciencia vendría á ser una de las consecuencias del dogma de la igualdad.
¡Esperanzas defraudadas! La interpretación sectaria desnaturalizó la doctrina, y volvió á ser recurso opresivo el elemento redentor,

La ciencia no ha nacido para vestir la púrpura, ostentar el casco y la cota de maila, ó permanecer oculta y reservada bajo el humilde sayal del cenobita. ¡Nó! Su templo es la naturaleza que le abre su fecundo seno y la viste de luz resplandeciente, de esa luz cuyos cambiantes se admiran en la cima de los volcanes, y baja á las profundidades del planeta á iluminar las investigaciones geológicas.

El derecho á la instrucción no tiene res-

tricciones. La ciencia debe ser popular: ella lleva al taller su poderoso auxilio, engrandece la industria, multiplica la fuerza, perfecciona el trabajo, conserva la vida, levanta el espíritu y fortifica el cuerpo. Debe estar al alcance de todos, porque todos la necesitan como una maga bienhechora que completa los placeres del potentado y hace menos difíciles las necesidades del proletario.

Si esclavizada, si perseguida, si amagada con los tormentos de la inquisición, si cruelmente sacrificada en la inmortal hija de Théon, *en esa Virgen de cuyo labio perfumado de miel hiblea brotó la última palabra de la Grecia, y sobre cuya frente coronada de verbena brilló el último resplandor de la antigüedad*; si en medio de esa lucha titánica y sangrienta, la ciencia no dejó de progresar, ¿qué habría sucedido si se hubieran derramado con abierta mano sus principios entre todas las clases sociales?

Si en la edad heroica del Cristianismo, cuando Constantino vencía con el signo de la Cruz, y Carlomagno glorificaba su nombre estableciendo escuelas dentro de su aurífero palacio; si entonces se hubiera

reconocido la autonomía de la ciencia, emancipándola de la teología, á la que la subordinaba la escolástica, la evolución intelectual esperada desde el tiempo de Alejandro, se hubiera efectuado; la palabra de Jesús se habría cumplido, y consumado la obra del Cristianismo, la redención de la humanidad, por el amor y por el saber.

Quedó nuevamente aplazada esa redención. El movimiento impelía al hombre hacia adelante, y el hombre esperaba confiando en sus destinos. El renacimiento y la reforma combatiendo la escuela teocrática acercaban el triunfo; Voltaire, Montesquieu, Rousseau y los enciclopedistas del siglo XVIII difundían las nuevas ideas, planteaban los problemas sociales y forjaban el rayo que había de caer sobre la cabeza coronada de los opresores. "El filosofismo, dice un historiador que no se distingue por lo avanzado de sus opiniones liberales, tiene el mérito de haber proclamado ideas iniciadoras, respetables, sagradas, que eran no suyas, sino cristianas; ideas que los reyes déspotas y los cortesanos corrompidos conculcaban todos los días, y que la Iglesia no aplicaba sino á la

esfera espiritual, sin gran entusiasmo por difundirlas en el mundo; y mientras ésta y aquellos aspiraban tan sólo á conservar su puesto, apartándose del movimiento intelectual, los filósofos tuvieron la osadía y la influencia de los que atacan."

No obstante tal osadía é influencia; no obstante la revolución inglesa que localizó sus conquistas, el hombre continuaba en la misma actitud servil y humillante en que lo encontró Mirabeau cuando le dijo en nombre del derecho lo que Jesús dijo á Lázaro en nombre de la divinidad: "levántate" Y el hombre se levantó, y á su impulso omnipotente surgió el mundo de las ideas, la Revolución francesa, que desde el Sinaí de la Asamblea Nacional hizo escuchar á todos los pueblos las palabras del Evangelio: libertad, igualdad, fraternidad.

La Convención celebró su primera sesión el 21 de Septiembre de 1792: el 2 de Octubre del propio año nombró el primer comité de instrucción pública que propuso las bases de la enseñanza nacional. El comité de salud pública, que ahogó en sangre los principios de 89, deshonrando en su delirio la más imponente de las revoluciones,

fué, sin embargo, quien dando tregua á su afán de destrucción, pensó en el porvenir, y expidió el 30 de Mayo de 1793 el primer decreto sobre las escuelas primarias. El mismo comité, como sentando para la posteridad un precedente de atenuación á sus lamentables extravíos, nombró la comisión Bouquier, mandó maestros de la lengua francesa á los departamentos donde se hablaban idiomas extranjeros; organizó las escuelas primarias, las centrales y las especiales; creó la escuela Politécnica, la Escuela de Marte, y dió las primeras ideas de la Escuela Normal. Sirvan estos títulos, entre otros, para justificar esa revolución esperada por tantos siglos; esa revolución que puede llamarse universal, porque hizo vacilar todos los tronos y despertó á todos los pueblos.

La América había iniciado su emancipación, rompiendo la cadena que ligaba los dos mundos.

Las colonias inglesas se confederaron para constituir una nueva nacionalidad; y Washington, el primero en la guerra, en la paz, y no sólo en el corazón de sus conciudadanos sino en el corazón de todos los

hombres libres, desplegaba al aire la bandera de la primera República del nuevo continente.

La libertad había triunfado, y no por el medio exclusivo de la fuerza, que no obtiene victorias duraderas, sino asegurando su triunfo sobre la base indestructible del derecho. El despotismo no depuso las armas, y utilizando como materiales de reparación y de orden los desaciertos y crímenes revolucionarios, creó, del genio y de la gloria, la personalidad de Napoleón, que saludó con su espada victoriosa los primeros albores del siglo XIX. En Santa Elena concluyó el cesarismo. Después sólo ha habido tiranos pequeños é impotentes para contener el vuelo de las ideas y cerrar al pueblo las puertas de la escuela.

III.

Al ocupar los conquistadores esta parte del mundo descubierto por Colón, no encontraron pueblos salvajes acampados en el desierto y refractarios á todo sentimiento de sociabilidad y organización; por el con-

trario, se sorprendieron de que en estas regiones apartadas floreciera una civilización que en su origen no era completamente extraña á la que había engendrado la civilización europea; y en lugar de respetarla como digna de estudio, dominados de un fanatismo patriótico y religioso, exterminaron los dioses, derribaron los templos destruyeron los monumentos, quemaron los manuscritos, se empeñaron, en fin, en borrar hasta las huellas de esa civilización que sobrevive en las misteriosas ruinas derramadas por distintos lugares de nuestro territorio, y cuyas páginas de piedra nada dicen aún á las infatigables inquisiciones de la ciencia.

La instrucción de la juventud preocupaba á los mexicanos, aunque no en el sentido de propagarla en el pueblo, sino sólo entre las clases privilegiadas, lo mismo que se hacía en las naciones primitivas del antiguo continente. La guerra y el sacerdocio eran las únicas carreras á que debían consagrarse los jóvenes, y la instrucción necesariamente tenía que ser guerrera ó sacerdotal.

Los cronistas refieren que en el recinto

del gran teocalli.—templo mayor—había un palacio llamado *Calmecac*, al cual los señores principales y gente de tono ofrecían sus hijos, quienes por este hecho quedaban sometidos á la jurisdicción del sacerdocio, que podía condenarlos hasta á la muerte. La enseñanza que se daba tenía por objeto principal formar ministros para el culto, y comprendía, además del indispensable ejercicio de las armas, el arte de hablar bien, el conocimiento de los usos y costumbres, nociones de aritmética cronología y astrología judiciaria, y el aprendizaje de leyendas y cantares sagrados que perpetuaban y trasmitían los hechos más notables de su historia.

No era bastante el *Calmecac* para satisfacer las bélicas aspiraciones de los mexicanos, que consideraban la guerra como necesario y honroso trabajo, y la paz como punible ociosidad, y establecieron el *Telpuchcalli*, especie de colegio militar para educar en el sufrimiento, en la vigilia y en la fuerza, á los alumnos destinados á prestar sus servicios en el ejército. Sin embargo, estaban tan identificados el instinto guerrero y la superstición religiosa, y estos

dos sentimientos dominaban de una manera tan absoluta á aquellos pueblos, que puede decirse que la educación obedecía á un mismo sistema.

La conquista no dejó al pasado ni el más inocente refugio. Arrasó también el *Calmecac* y el *Telpuchcalli*. Su obra devastadora fué completa. Pero en pos de los soldados aguerridos de Cortés, que arrancaban cuanto encontraban á su paso, venían algunos misioneros que con mano benéfica sembraban en la tierra removida aún las semillas de la civilización cristiana.

Pedro de Gante, el humilde lego de San Francisco, fué el primero en la Nueva España que, elevándose á la altura de su misión evangélica, se consagró á la enseñanza pública: él fundó la escuela de niños que sirvió de base al colegio de San Juan de Letrán, y junto á ella puso su celda para atender y vigilar con cariño paternal á sus numerosos discípulos. No faltaron imitadores á ese varón apostólico cuyo nombre conserva la posteridad como un legado de gloria, y á su iniciativa se fundaron otras escuelas. La necesidad política y religiosa de mejorar la enseñanza se conoció en las re-

giones del poder, y algunas de las leyes de Indias se apresuraron á recomendar la instrucción como medio esencial de asegurar el porvenir de la colonia.

Sería injusto negar lo que la autoridad civil y principalmente las órdenes religiosas hicieron en el sentido indicado; pero apreciando con criterio imparcial sus laudables y constantes trabajos, resulta que éstos no fueron bastante eficaces para impulsar la enseñanza primaria. La escuela que hubiera abierto sus puertas á todos, se olvidó por las universidades y seminarios, que sólo abrían las suyas á los favorecidos de la fortuna. La Universidad de México, el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, los de San Gregorio, San Bernardo y San Miguel, refundidos después en el de San Ildefonso, el de Santos, el Seminario de México y los otros muchos que por mandato de Felipe II se fundaron en casi todas las provincias, de conformidad con lo dispuesto por el concilio de Trento; el Colegio de Minería, y por último, la Academia de las nobles Artes con el título de San Carlos de la Nueva España, justifican la actividad que el Estado y la Iglesia, en indi-

soluble consorcio, desplegaron durante los tres siglos de la dominación española para fomentar las ciencias y las artes, aunque en los estrechos límites del más severo escolasticismo, y bajo la influencia clerical, á la cual estaban rigurosamente sometidos aquellos establecimientos.

¡Siempre la ciencia en el claustro y en el trono! ¡Por qué no la dejaron fraternizar con el pueblo mexicano y suavizar su prolongado cautiverio?

Un pueblo ignorante es más fácil de dominar que un pueblo ilustrado. Sin duda esta reflexión influyó en el ánimo de los conquistadores para no vulgarizar las nociones científicas, olvidando que es inflexible la lógica de los acontecimientos sociales, y que la consecuencia tardía, pero forzosa, de la secular dominación española había de ser la independencia nacional.

En efecto, el crecimiento colectivo como el individual está sometido á leyes invariables; México llegaba á la edad viril, y el inevitable contagio de las ideas revolucionarias de Europa acercaba el día de su libertad. Todos los recursos adoptados para dominarlo eran inútiles. El Barón de Hum-

boldt observaba á principios del siglo, que en México se leía el Contrato Social del filósofo de Ginebra, y otras obras estrictamente prohibidas por el implacable tribunal de la Inquisición.

El terreno estaba preparado; y del seminario, del claustro, del seno mismo de la iglesia, salieron inspirados y resueltos los ínelitos caudillos de la insurrección de 1810.

IV.

En Septiembre de 1821 recobró México su autonomía, y antes de cerrar el primer año de su vida independiente, ya el Gobierno nacional se ocupaba en la instrucción pública, y los particulares se asociaban con el objeto de promover la propagación de los conocimientos útiles. No se desconocía que el fundamento para constituir la nueva nacionalidad era la enseñanza primaria, que se confió á los ayuntamientos, como corporaciones que estaban en más inmediato contacto con el pueblo; pero los ayuntamientos, generalmente pobres, no pudieron